

«Mi padre era un lector voraz, y he empezado a buscar su rastro en los libros que pasaron por sus manos. Bruna me explicó que, cuando era adolescente, se pasaba las tardes en la Catalonia, al salir de los escolapios, leyendo sin disimulo. Las primeras veces lo habían mandado para casa, pero había acabado por convencer a los responsables con su tenacidad y había terminado quedándose allí, primero en calidad de lector residente y más tarde, cuando ya estudiaba Física en la facultad, con un contrato de media jornada. Bruna, que es como una reencarnación de Helene Hanff, no debió de contribuir demasiado a mitigar la afición de mi padre. La semana pasada me envió un paquete con libros que habían sido suyos. Dice que me los puedo quedar, y que si quiero puede dejarme muchos más.

He aprendido a leer como lo hacía él. Cuando encontraba algún fragmento que quería recordar doblaba la esquina de la página y luego lo marcaba. Nada del otro mundo, ya lo sé, pero lo que hacía su método particular era que no daba el libro por zanjado hasta que no hacía una segunda lectura, la de las frases y párrafos que había ido subrayando, uno tras otro: le ayudaba a mirar el texto, dice, desde otra perspectiva. De vez en cuando, antes de hacer la cena, abro alguno de los libros por una página marcada y aprovecho para imaginar, mientras rebozo la carne o escurro la pasta, qué debía de pensar mi padre al señalar un párrafo o una frase. A veces acabo atando cabos y entonces me siento feliz, como cuando encontré una cita enmarcada en la introducción a los diarios de Cheever: el escritor, decía su hijo, opinaba que una buena prosa puede curar la depresión y el dolor de cabeza; mi padre también lo creía. Lo mejor de París, dijo cuando le conté que hacía años que vivía allí, es que las librerías abren los domingos; estoy convencido de que son de mayor ayuda que el teléfono de la esperanza», *El cielo según Google*, Marta Carnicero, Acantilado, 2018.